



# Observatorio Exterior

Mayo 2015

## MÉXICO

### De la mano de su vecino del norte



México presenta una fortísima imbricación con el ciclo económico de Estados Unidos, como pudo observarse con el desproporcionado impacto que tuvo la crisis financiera estadounidense en 2009, cuando el PIB experimentó la mayor contracción de la región latinoamericana (una caída del 4,7%), y las exportaciones llegaron a contraerse casi un 35%. Alrededor de tres cuartas partes del comercio mexicano son con Estados Unidos pero, además, el comercio exterior representa en torno al 60% del PIB de México; así pues, una baja demanda de bienes por parte de EE.UU. tiene no solo un impacto directo en el crecimiento vía comercio exterior, sino también un impacto indirecto, ya que se traduce en una menor demanda interna.

La evolución de 2013 y 2014 también ha estado muy condicionada por el comportamiento de su vecino del norte, tanto a la baja, en el primer año, como al alza, en el segundo. México cerró 2013 con un crecimiento del 1,1% (frente al 4% registrado en 2012), la tasa más baja desde 2009. El factor más importante detrás de esta desaceleración fue la débil demanda externa, como consecuencia de la atonía en Estados Unidos. De hecho, la desaceleración se inició en el sector exterior. Las exportaciones cayeron acusadamente ya en la segunda mitad de 2012, lo que afectó al sector industrial desde mediados de ese año, y a los servicios a partir del primer trimestre de 2013.

Tasa de crecimiento del PIB



Fuente: Fondo Monetario Internacional

En cambio, en 2014 México creció al 2,4% gracias al impulso de la actividad en la segunda mitad del año de la mano de un mayor dinamismo de Estados Unidos (principal impulsor del crecimiento mundial) y, por otra parte, por un mayor gasto público en infraestructuras. Las previsiones para 2015 apuntan a un crecimiento en torno al 3,5%, si bien el FMI en la última revisión al alza de esta cifra señaló que las reformas estructurales que se aprobaron en México pueden elevar el crecimiento a tasas cercanas al 4% en un periodo de cinco años.

Pero si dejamos de lado estos vaivenes, propiciados por la estrecha relación de las dos economías de América del Norte, y nos centramos en una perspectiva de largo plazo, es indiscutible que el desempeño de la economía mexicana en la última década, en términos de crecimiento, ha sido decepcionante. Entre 2003 y 2013 el país ha crecido a una media del 2,5%, frente a un 4% en Latinoamérica y en el mundo. El contraste entre la estabilidad macroeconómica de México y sus modestas tasas de crecimiento ha sido objeto de un amplio debate. La opinión mayoritaria es que las reformas estructurales han sido insuficientes, lo que ha condenado al país a un lento crecimiento de la productividad y a la pérdida de competitividad. El índice de competitividad de 2013-14 del World Economic Forum colocaba a México en el puesto 55 de 152 países analizados, cuando llegó a ocupar el puesto 33 en 1999. La elevada corrupción, la inseguridad jurídica y la excesiva burocracia desincentivan la inversión; el sistema jurídico no proporciona ni la certidumbre ni la eficacia legal necesarias para que la



actividad económica pueda prosperar adecuadamente; y la falta de competencia en algunos sectores clave, como la energía y las telecomunicaciones, junto con las grandes carencias en infraestructuras, se trasladan en altos costes de producción. En definitiva, la llave al crecimiento no reposa en medidas de política macroeconómicas, ya que México destaca por gozar de un marco adecuado y sólido, que ha permitido una estabilidad envidiable, en comparación con la región, sino en la puesta en práctica de reformas estructurales de calado. Es cierto que, al comparar las tasas de crecimiento con las de sus vecinos, no debe obviarse que éstos se vieron muy favorecidos por el boom de las materias primas, que no benefició a México, pero que, a día de hoy, les hace más vulnerables ante la desaceleración de China.

Es por ello por lo que las reformas estructurales incluidas en la agenda del ejecutivo generan grandes expectativas. En los dos últimos años se han logrado aprobar más reformas que en las dos pasadas legislaturas. El “Pacto por México”, a día de hoy ya muerto por el desacuerdo en la reforma energética, permitió en su momento la negociación, previa a su paso por las cámaras, de una serie de grandes reformas estructurales necesarias para el país desde hace años. El FMI estima que el impacto de todas las reformas (energética, fiscal, de las telecomunicaciones, educativa y político-electoral) podría aumentar el crecimiento potencial entre 0,75 y 0,9 puntos porcentuales a medio plazo, con lo que se alcanzaría un crecimiento potencial próximo al 4% entre 2016 y 2019 (actualmente se sitúa por debajo del 3%). Todavía queda la difícil fase de la aplicación de estas reformas, de cuyo éxito dependerá gran parte de la evolución del país en el medio plazo.